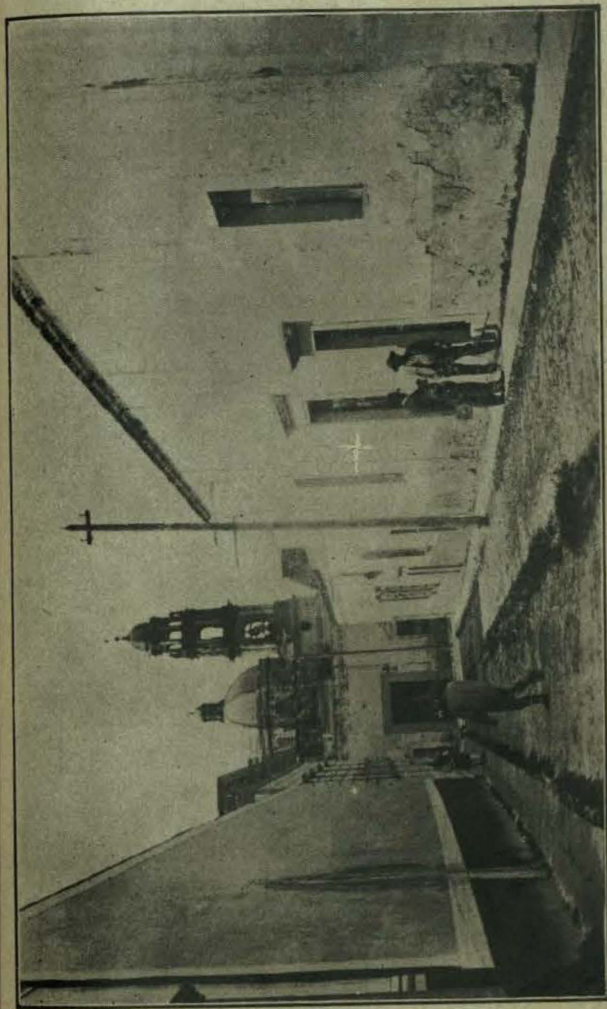


veían, sólo estaba pendiente del resultado. Con esta disposición tocaron la puerta varias veces, más como nadie respondiese y la plebe se arremolinaba repitiendo sus gritos de vivan nuestros generales y mueran los gachupines. Allende empujó el postigo, que cedió al cabo de un rato á sus esfuerzos, y de este modo entraron hasta los corredores, que estaban vacíos, porque los españoles todos se habían reducido á la sala de cabildo, cerrando también por dentro, y fué necesario detenerse por segunda vez. Aquí hubo nuevas súplicas por parte de los padres y nuevas protestas de Allende, aunque entonces más enérgicas, porque oyendo á los españoles que protestaban á la vez su resistencia, subía de punto su exaltación. Ponían ya por única condición para abrir la puerta y entregarse prisioneros que se presentara el coronel Canal, sólo representante legítimo en su concepto, de la autoridad del rey; pero Allende exclamó al oír esta condición que la autoridad del rey había pasado para siempre y que ya no había otro poder que el de la Nación, en cuyo nombre de nuevo les intimaba la prisión. El señor Uruga, mandó un recado al coronel Canal, rogándole se presentara allí en el acto conforme á los deseos de los españoles, con la prevención terminante de que se le diera era aquel el único medio de evitar desgracias y el coronel vino; mas antes Allende insistió con amenazas en que abrieran la puerta y ésta se abrió de par en par, según la expresión de la persona que presencié estos hechos, y

nos lo ha referido. Al entrar Allende, rodeado de los señores Hidalgo, Uruga, Elguera y otras varias personas, así eclesiásticas como seculares, se dirigió á los españoles, que agrupados en frente y con las armas en la mano, lo veían, y les dijo: "Ni yo ni los que me acompañan en esta empresa, tenemos que vengar agravio alguno de parte de ustedes en lo personal, pero resueltos á acabar de una vez con el gobierno español y bien persuadidos de que ya se nos persigue por esta causa, hemos creído preciso poner presos á ustedes, lo mismo que á los españoles que había en Dolores, y de esta revolución ya nadie podrá desviarnos: pero al mismo tiempo aseguro á ustedes que mientras Allende viva, no padecerán ustedes más molestias que las de la prisión, pues en cuanto á su vida, familias é intereses, yo me encargo de conservarlos y de atenderlos." A este tiempo el señor Canal entraba á la sala, no obstante la multitud de gente que había invadido las casas consistoriales, así en los altos como en los bajos, y en el instante dijeron los españoles que entregaban las armas y quedaban prisioneros: Canal manifestó que desde la mañana de aquel día había recibido Camuñas el regimiento y que juzgaba por lo mismo no tener ya la representación que los españoles le atribuían pero que estimaba á éstos en lo que valía su deferencia, y que siendo bien conocido el carácter de Allende, ninguno debía desconfiar de los ofrecimientos que había hecho.

De esta manera se rindieron y entregaron las armas aquellos españoles que cualquiera que haya sido su error en no acogerse á la protección del Coronel Don Narciso de la Canal, si bien se considera su resolución de defenderse, son dignos del mayor elogio. Pésele á quien le pesare, pues todos ellos, pudiendo huir desde por la mañana de ese día, ó esconderse por lo menos, no lo hicieron, á pesar de haber sido su número tan reducido, pues no alcanzaba al de cuarenta, de saber lo que había sucedido con sus paisanos de Dolores y de escuchar aquella algazara y gritos del pueblo, que los pedía para matarlos, no se intimidaron, y por último, á pesar de las amenazas de Allende, cuyo genio indomable conocían, no se rindieron, sino hasta el instante supremo en que ya no les quedaba otro arbitrio. En consecuencia, Allende ordenó que fuesen trasladados los presos al colegio donde como hemos dicho, lo estaban ya los que vinieron de Dolores: pero esta operación se retardó un momento, porque apenas acababa de verificarse el desarme de los españoles y se le avisó á Don Ignacio Allende que venía con dirección á las casas consistoriales el sargento mayor del regimiento, Don Vicente Gelati (italiano), al frente de dieciséis dragones del pie veterano, que había en el cuartel llamado de la reina, Allende mismo salió á encontrarlo y de hecho se encontraron al entrar en las casas consistoriales el primero con su espada en la mano y el segundo con una pistola.



Cuartel del Regimiento de Dragones de la Reina.

Gelati fué el primero que ignorando lo que acababa de suceder con los españoles, y muy ageno quizá del espíritu que animaba á los dragones que lo acompañaban, intimó á Allende prisión diciéndole que se diera por preso en nombre del rey, pero le contestó lo mismo que á los españoles, que ese tiempo había pasado y que antes bien, él se la intimaba á nombre de la Nación. Era imposible que Gelati se hubiera determinado á acometer á Don Ignacio Allende, mas sin saberse su intención, anduvo dos ó tres pasos al frente y esto le valió una guantada de parte del sargento Labrada, que creyó iba á faltarle á Allende, que no hizo más que quitarle la pistola y prevenirle marchara á reunirse con los demás presos, lo cual hizo en el acto, pues los dragones, como era de esperarse, se pusieron voluntariamente á disposición de su capitán. Con esta pequeña fuerza subió Allende á la sala del Ayuntamiento y con la misma, en unión del señor Hidalgo, condujo á los españoles al colegio, encargando á los señores Uraga, Elguera y demás sacerdotes que por dar por concluido aquel acto se retiraban á sus casas, cooperaran en cuanto pendiera de su mano al restablecimiento del orden y tranquilidad pública, turbada en aquella noche.

Mucho se temía por parte de todos, que al salir los españoles de las consistoriales para el colegio, no obstante la presencia de Allende é Hidalgo y de los dieciséis dragones que trajo Gelati, y que para la custodia de aque-

llos que marchaban de dos en fondo, fueron colocados á proporcionadas distancias, hubiera un nuevo alboroto en el pueblo, tan agitado en las primeras horas de la noche y pocos momentos aún; pero sin duda la certeza de que ya no había un solo enemigo que combatir, la de que ya no había de pronto ningún peligro para los hombres ilustres, y esforzados que tan gloriosamente habían dado principio á la grande obra de su independencia, y la de que atacar aquellos españoles desarmados y presos era una imperdonable villanía, pues su muerte no habría sido más que un frío y horrible asesinato, hizo que permaneciese silencioso y únicamente como en expectativa. Y sin embargo, este pueblo entendido y dócil, este pueblo morigerado, este pueblo, en fin, sanmiguelño, tan famoso entonces como ahora en todas partes, pero esas dichas cualidades hubo de mancharse con el saqueo, si bien la culpa no fué exclusivamente suya, que empezó y no continuó porque se lo estorbó Allende, en los términos que pronto veremos.

Mientras los españoles eran conducidos al lugar de su prisión bajo el pie que queda indicado, lo cual se verificó por las calles primera de San Antonio Atzcapotzalco, y plazuela del Colegio, la plebe en lo general guardaba silencio, pero de improviso se abrieron los balcones de la casa del español Don Francisco Landeta, que desde temprano se había quedado cerrada y sola, y un hombre en uno de ellos arrojando puños de pesos que sa-

caba de una talega, gritaba: "¡mueran los gachupines! ¡muera Landeta! ¡viva la América!" (1) y á estas voces, y con esta especie de jura, empezó de nuevo á gritar lo mismo que al principio de la noche, á agolparse en frente de dicho edificio, cuya esquina ve á la plaza de armas, que no se desocupaba aún á pesar de la mucha gente que seguía á los presos y á abrir las puertas de la tienda á fuerza de golpes y de este modo comenzó el saqueo.

En el entretanto dos viejos imprudente, Benito Aguiñaga y Rosalío Yañez, el primero curandero charlatan y el segundo de oficio tocinero, se habían dirigido á la casa de Don Pedro Lambarri, español por supuesto, y ambos, parados en las puertas de la tienda, que había allí; disputaban sobre los términos en que podían repartirse ésta, lo que nunca habrían logrado porque apenas se hubiera abierto, y como en la de Landeta, se habría repartido entre una multitud innumerable, y más cuando ya empezaban á tirar pedradas á las demás puertas y balcones; pero por fortuna volvían á la sazón Don Ignacio Allende y el cura

(*) El nombre de este individuo no es un misterio para los vecinos de S. Miguel; pero lo llamamos pr. consideracion á algunos de sus parientes que viven aun, varios de ellos muy recomendables: diremos sí, que el tal individuo, vivía en una de las casas contiguas á la de Landeta; que por la azotea de aquella, y aprovechandose de la circunstancia de estar esta sola, bajó á los corredores, forzó puertas, tomó el dinero que, quizo, abrió despues los balcones y por uno de ellos arrojó una parte al pueblo ezitandolo al robo de las casas de los españoles. Esto fué para disimular el que hacia para sí ó en odio de dichos españoles. . . . No lo sabemos.

Hidalgo casi solos, porque parte de los soldados se habían quedado con Aldama en el colegio, formando la guardia de estilo, y luego que advirtió aquel nuevo movimiento y conatos muy marcados de robo, le dijo á Hidalgo eclesiástico y con voz de trueno: ¡Señor Cura, todo lo andado se ha perdido, pues ese desórden nada tiene de común con nuestra empresa y antes bien, la desnaturaliza y desvirtúa completamente, pero vive Cristo, que en ninguna parte y mucho menos aquí, he de permitirlo, y empuñando su espada, se dirigió á las puertas de dicha tienda y mirando á Aguiñaga y al puerquero, les preguntó qué hacían allí y cuál era su intento. Fácil es concebir el espanto que se apoderaría de aquellos hombres, que no acertaban ni aun á articular una respuesta cualquiera; mas por su bien, Allende, que era en casos semejantes rápido en la ejecución de sus resoluciones, y sin darles tiempo para hablar les dijo: "Ustedes no comprenden el fin de la prisión de los españoles y menos la importancia de sus resultados, mas les haré entender, sin embargo, que mientras me halle al frente de esta insurrección ó pertenezca á ella, no he de permitir violencia, no he de tolerar robos ni ninguna especie de desorden; ¡cuidado, señores! cuidado. Ustedes, Aguiñaga y Yáñez, ustedes permanecerán en las puertas de esta tienda para defenderla de cualquier asalto en unión de estos dos dragones, que separó de los que le acompañaban, y en el caso de que se pierda de ella un solo alfiler, ustedes,

ustedes me son responsables con su vida!"

El que le oyó á Allende textualmente estas palabras, y vive aún, dice, además, que al retirarse Don Ignacio de aquel punto victoreado por el pueblo, que le escuchó en silencio y con respeto, advirtió también el tumulto que había en la tienda de Landeta, en que había comenzado el saqueo, como hemos dicho, y que no obstante el afecto con que siempre trató al pueblo bajo, por no haber sido atendidas sus voces confundidas con las de la muchedumbre desatentada y embebida en repartirse los efectos robados, todos de valor, pues eran de una de las mejores tiendas de ropa, como tampoco lo eran las de sus amigos los señores D. Miguel Malo y Don Ramón González, de los que el primero acababa de llegar de la hacienda de la Erre, y el segundo había venido con los españoles presos de Dolores, ni las de otras varias personas de distinción enderezadas todas á la cesación de aquel saqueo escandaloso, empezó á repartir cintarazos, sin consentir que lo hiciera uno solo de los pocos dragones que lo acompañaban, y así en momentos no sólo impidió la continuación del robo en dichas tiendas de Landeta y Lambarri, sino que logró despejar enteramente plaza y calles de las masas que las ocupaban, pues antes de las diez de la noche todo estaba en sosiego y por consiguiente, restablecida hasta donde era posible la tranquilidad pública.

Don Lucas Alamán, hablando de es-

tos sucesos, dice: "en aquella noche y al día siguiente, fueron saqueadas las casas de los europeos..... el mismo Hidalgo, desde el balcón de la casa de Landeta, tiraba al pueblo las talegas de pesos, gritando "cojan, hijos, que todo esto es suyo," los criminales que estaban en la cárcel fueron puestos en libertad, y como lo que se hizo en San Miguel con estos y con los europeos fué lo mismo que se practicó en cuantas poblaciones entraron Hidalgo y los suyos, omitiré repetirlo, dándolo por supuesto." Si, pero por supuesto también que en esta ciudad no hay una sola de las muchas personas que viven aún y presenciaron los hechos, esos que cuando no se indique de que menos sería de tanta impostura, de tanta falsedad y de tanta calumnia ¿Qué quiere decir fueron saqueadas las casas de los europeos? si no se anda con interpretaciones, cualquiera entenderá que lo fueron todas y cada una de ellas; pues bien, no hubo mas que una, que fué la de Landeta, por lo que, reciente el suceso, ninguna de las gentes de cierta clase, quería estrenarse en esta ciudad pieza alguna de ropa, principalmente, túnicas, tápa-los, mantillas, pantalón ó casaca, porque otra cierta clase de gente, al verlos solía decir: eso es Landetazo ó lo que era lo mismo, eso es robado. En cuanto al Cura Hidalgo, no hay ninguna de dichas personas que no se acuerde que en esa noche no se separó un instante de Don Ignacio Allende, que ni uno ni otro entraron á la expresada casa, pues mientras el robo ambos

anduvieron en la calle, y por consiguiente, ninguno tampoco que no vea en esas palabras de "cojan, hijos, que todo es suyo," uno de tantos falsos testimonios con que ese autor escarnece á cada paso y vilipendia á los principales caudillos de la independencia. El cura Hidalgo tendría sus defectos, así en lo público como en lo privado, pues no hay quien no los tenga, aunque sea de falso calumniador, el más fácil y por desgracia el más común, pero creemos que nadie en conciencia, puede acusarlo de ladrón, porque á eso equivale el aserto, ni antes de que tomara parte en la insurrección, ni en todo el tiempo que anduvo en ella. Hidalgo, en nuestro pobre juicio, es cierto que comenzó desde esa misma noche á cometer una falta de que parece no fué posible se corrigiera después y pronto hablaremos de ella, mas no porque fuese de mal corazón ó de estragadas costumbres, sino por la debilidad propia de su edad avanzada, por su falta de conocimientos militares, por el ascendiente casi irresistible que tienen en el espíritu de algunos literatos, las teorías de gabinete, ese bello ideal que se forman en la difícil combinación de la religión, de la moral y de la política en un sistema de gobierno, cualquiera que sea, principalmente tratándose de puntos cuya faz y cimientos van á sufrir cambios y trastornos profundos ó bien porque no entrara de pronto en su cálculo el impulso que desde un principio se le debía dar á aquella revolución, atendiendo á la inmensidad é insertidumbre

de los resultados, pues como escribía Madama de Estael, "los jefes del pueblo no tienen, por decirlo así, ninguna idea de los venideros; las turbulencias de lo presente son tan terribles, los reveses y prosperidad llevan tan adelante el destino que todas las pasiones se hallan embebidas con los acaecimientos coetáneos." "Los criminales que estaban en la cárcel fueron puestos en libertad." La especie es un poco equívoca, porque así puede entenderse que lo fueron por orden de Allende é Hidalgo, como por el pueblo en sus revueltas. Esto último fué lo que sucedió, precisamente á la hora en que comenzaba el saqueo en la tienda de Landeta, para lo cual no contribuyeron poco los presos que en el mismo día y también por la plebe, como lo hemos dicho, fueron excarcelados en el pueblo de Dolores y se agregaron al ejército independiente. Ni para qué podían ser puestos en libertad los presos por mandato de Allende? ¿para qué robaran? no, porque nadie mas que él se empeñó en evitar ese desorden apenas comenzaba; ¿para que engrosaran sus filas? tampoco, porque en los momentos de su salida ya pasaban de dos mil hombres que se habían puesto á sus órdenes. Esto nos parece lógico, y por lo mismo, que debemos poner términos á estas cortas reflexiones que hemos hecho en justa vindicación de los dos jefes de la independencia.

En tanto que pasaban los sucesos que arriba quedan referidos, el sargento mayor don Vicente Camuñas, te-

niendo noticia de la prisión de los españoles, del saqueo que habia comenzado en las tiendas de éstos, y creyendo que era tiempo aún de cortar el vuelo á la insurrección, supuesto que no tenía Allende más tropa disciplinada que la poca que habia traído de Dolores, y el piquete de dragones del pie veterano que sacó de su cuartel el ayudante Gelati, mientras que él contaba con dos compañías del regimiento de la reina, compuesta cada una de sesenta plazas con sus oficiales, armamento y parque correspondiente, todo de superior clase, mandó tocar generala, y formada aquella tropa, le manifestó que Allende é Hidalgo acababan de entrar á la población en unión de los franceses, como se habia anunciado públicamente en toda la tarde, por cuya causa se habia tocado arrebato con la campana mayor de la parroquia (1) y que por tal causa era preciso, en nombre del rey y para salvar el lugar de los desastres á que estaba expuesto, salir inmediatamente á aprehenderlos, que su número era muy insignificante, y además, la plebe toda se hallaba en el mejor sentimiento para secundar la empresa, y por último, que satisfecho de su lealtad y disciplina, la excitaba á portarse en aquel hecho de armas con resolución; y tal vez sin antecedentes algunos aquella fuerza se habria conducido conforme á lo que se le inculcaba; pe-

(*) No hemos podido averiguar por orden de quien se tocó en esa noche la campana mayor; algunas personas se inclinan á creer que Allende lo dispuso al entrar en la ciudad.

ro como Don José de los Llanos y Don Juan Cruces, ambos capitanes, sabian la verdad y estaban de acuerdo con Allende, y además, los otros oficiales, sargentos y cabos, amaban decididamente á sus jefes, casi á una voz prorumpieron en vivas á Don Ignacio Allende, y Camuñes cortado y contuso, no supo qué decir, ni qué hacer y menos aún cuando ambos capitanes le manifestaron que desde aquel instante quedaba preso en su propio cuartel, como sucedió. Allende se lisonjeaba ya de la adhesión á su persona del regimiento y es la razón de que á su entrada á esta ciudad no se dirigió al cuartel para tomarlo por fuerza, como en caso contrario habría sido necesario, y sin duda de preferencia á la prisión de los españoles, mas á pesar de esto, como ya se había efectuado dicha prisión, y como hemos tenido el gusto de decirlo, se había restablecido el orden público, creyó oportuno y de la mayor importancia, contar de una vez con toda la tropa que había acudido y á ese fin y después de dejar al señor Hidalgo en la casa de su hermano Don Domingo Allende, donde debía alojarse, se dirigió al cuartel con los acompañados desde el principio de aquella noche, mas antes de llegar á él, tuvo el gusto de saber por los mismos Cruces y Llanos, que salieron á comunicárselo, lo que había pasado, y por lo mismo avanzó únicamente para manifestarles su gratitud á la oficialidad y tropa que tan oportunamente se habían puesto á sus órdenes; para disponer la traslación de Ca-

muñes al Colegio, lo mismo que la de tres ó cuatro españoles más, que á pesar de la cita para reunirse en las consistoriales, se habían quedado en sus casas, previniendo siempre que no se les maltratara en lo más mínimo, comisionando al efecto al propio Llanos y en fin, para que mientras se nombraba un comandante militar, se encargara interinamente con este carácter Don Juan Cruces, quien comenzó desde luego sus funciones por la expedición de patrullas y rondas que conservasen el sosiego de la población, y se dirigió á su casa, donde lo aguardaban todos sus amigos, entre los que sobresalían los señores Lic. Don Ignacio Aldama, Don Miguel Ma. Malo P. Don Manuel Castimblanque, Don Felipe González, etc., y con quienes conferenció detenidamente sobre los acaecimientos de aquel día primero de la guerra de la independencia, y permaneció lo más de la noche.

A pesar del quehacer del día anterior y de haber disfrutado del sueño por muy poco tiempo, se levantó muy temprano el 17, Don Ignacio, y de lo primero que se ocupó fué de citar para las diez de la mañana á todas las personas más notables de la ciudad para que se reunieran en las casas consistoriales y escoger entre ellas no sólo las autoridades políticas y civiles, sino todos los empleados que faltaban en la población con motivo de la prisión de los españoles que los obtenían; pero la gente del pueblo se había levantado más temprano aún, y rodeando en pe-

queños grupos las casas de los españoles abandonadas en lo general, daba visibles muestras de quererlas robar. no bastando más tarde para contenerla ni las patrullas que recorrían incesantemente las calles, ni las insinuaciones de varias personas, que por comisión de Allende ú oficiosamente les dirigía la palabra, y esto retardó la reunión hasta después del medio día, como luego veremos. En efecto, hormigueaba la gente en la plaza de armas y sus avenidas, gritando como la noche del día anterior, que murieran los gachupines, que fueran demolidas sus casas, con cuyo motivo apedreaban ya las puertas de la tienda de los españoles Garita, Celaya, Fuentes, Miranda y otros, y todo esto como se ha indicado, á pesar de los esfuerzos de las patrullas para contenerla. Tanta obstinación y tanto escándalo excitó la indignación de Don Ignacio Allende, que desde uno de los balcones de su casa, que forma una de las esquinas de la plaza, veía en unión de otras personas aquel desorden y mandó que en el acto le trajesen su caballo, y en el traje con que se había levantado, esto es con bata y chinelas. montó y con espada en mano. sin llevar siquiera su asistente, se dirigió al punto más peligroso y después de afear á la plebe su mala conducta y golpear á muchos. principalmente de los que había conocido con el propio empeño de robar en la anterior noche, logró restablecer la quietud en tales términos, que ya no eran sino muy pocos los que andaban en las calles y

sobre todo, que no se cometiera por fin ningún robo ni más se intentara en todo el tiempo que aquí permaneció. Esto pasaba á las nueve de la mañana, y por lo mismo tiempo había para que se celebrara la junta que dejamos anunciada, pero Allende, temiendo que mientras ocurrieran nuevas revueltas, la difirió para las cuatro de la tarde del propio día y en el entretanto se propuso conferenciar con el señor Hidalgo sobre el modo con que en lo sucesivo debían conducirse en la campaña y á tal objeto se fué á la casa de Don Domingo su hermano, donde como hemos visto estaba alojado el expresado señor Hidalgo. Esta entrevista habría sido quizá secreta, así porque la naturaleza misma del asunto lo demandaba como porque ninguna otra persona fué invitada para que asistiese á ella; mas como la mayor parte de los vecinos de esta ciudad trataban con más ó menos confianza á Allende é Hidalgo, prestándose para ello su buen carácter y además, ignoraban la intención de Don Ignacio, dentro de poco tiempo ya eran varios y de distintas clases los que los acompañaban y por consiguiente, muy poco fué lo que en aquella mañana pudieron tratar con libertad y á solas los dos jefes principales de la independencia. Esta circunstancia, sin embargo, esto es, la de tener que conferenciar Allende é Hidalgo á la vista de casi todos los concurrentes, los puntos que tocaron hizo que se supieran dos cosas importantes en la historia política de ambos caudillos y de una y

otra nos ocuparemos con la brevedad que nos fuese dable. Sea la primera que habiéndole manifestado Hidalgo á Allende que le era sensible tratase á la plebe con aspereza hasta el extremo de golpearla con su sable, lo cual habia visto en la mañana de aquel día y en la noche anterior, Allende le contestó que en tanto que la plebe de aquí ó de cualquiera otra parte intentara robar principalmente los intereses de los españoles, y no fuese atendido, estuviera seguro de que se había de conducir como lo había hecho; que Hidalgo se empeñó en probarle que aunque no se debía permitir el robo por solo el motivo de ser un mal, si convenia tolerarlo, ó por lo menos castigarlo con la mayor prudencia, porque de lo contrario, sin gente, sin armas, sin dinero, y con aquel rigorismo, no sólo no se podría adelantar gran cosa en la empresa, sino que bien pronto se perdería la voluntad de los pueblos y lejos de contar con ellos, los tendrían en su contra; que Allende, le hacía ver que en la insurrección no debía contarse para el buen éxito con la gente del pueblo, buena solo para saquear y causar escándalos, sino con la tropa disciplinada, que aunque en número muy reducido ya tenían, y la que fueran organizando y que pudieran armar: que ambos llegaron á acalorarse hasta el punto de que Allende le dijo á Hidalgo que si no quería acompañarlo en lo de adelante por no estar conformes sus principios ó por temor de perder la vida en la campaña, fuera á presen-

tarse al intendente de Guanajuato ó al virrey de México, para obtener su perdón; que él solo continuaria con los que quisieran seguirlo, fuera cual fuese su resultado; de manera que Allende é Hidalgo comenzaron á desavenirse, no como dice Don Carlos Bustamante en su cuadro histórico poco después de la batalla del puerto de las Cruces, sino desde esta propia ciudad, y por las razones que dejamos apuntadas. En la cuestión, como se ve, la justicia estaba de parte de Allende, pero como digimos al hablar del saqueo de la tienda de Landeta y citando las palabras de Don Lucas Alamán, si Hidalgo cometía esa falta, fué por los motivos que allí mismo manifestamos y que sería por demás repetir ó amplificar. Basta decir por lo que hace relación á esta especie, que Allende é Hidalgo se reconciliaron en el acto ofreciendo: *el primero* que en la mañana del día siguiente arengaría al pueblo, como lo hizo, en efecto desde uno de los balcones de la casa en que estaba hospedado y que también miraba á la plaza, aconsejándoles la decisión por la independencia y al mismo tiempo la moderación y el orden. Sea la segunda, que de resulta quizá de la disputa que queda reseñada, el señor Hidalgo le indicó á Allende la conveniencia aun cuando no fuese necesidad de que se fijase entre ellos la autoridad y poder que respectivamente podían tener en lo sucesivo en la insurrección, no sólo para evitar diferencias como la que acaban de tener, sino para que conocida su representación, cada cual quedara más libre